

Historia de los dos que soñaron: Yáñez y Arreola

Sara Poot Herrera

I. ENTRE ESCRITORES TE VEAS

En *El último juglar. Memorias de Juan José Arreola* —especialmente en “Agustín Yáñez me salva la vida”—¹ se reúnen varias anécdotas compartidas por estos dos escritores jaliscienses; las primeras se remontan a 1953 y todas ellas, es de esperarse, se ofrecen desde el punto de vista de quien sería nuestro juglar mexicano. En aquel momento, Agustín Yáñez había publicado ya páginas fundamentales de su obra (basta mencionar *Flor de juegos antiguos*, 1942, *Archipiélago de mujeres*, 1943 y *Al filo del agua*, 1947), era gobernador de Jalisco (1953-1959) y tenía 49 años; Juan José Arreola no era ni sería gobernador de Jalisco (tampoco diputado como luego veremos), pero ya tenía dos títulos clásicos en su haber (*Varia invención*, 1949 y *Confabulario*, 1952) y en septiembre de 1953 cumpliría 35 años.

Cuenta Arreola que en su pueblo natal le tocó recibir al entonces gobernador de su estado —a Yáñez, pues— y lo hizo con algo que —él no lo dice— sabía hacer muy bien: con la palabra. Explica Arreola, quien al parecer era el orador oficial de Ciudad Guzmán: “Lejos de conmoverse, don Agustín escuchó mi discurso y al terminar, cuando me acerqué a saludarlo, me dijo: ‘Yo no le creo nada, si no se arrodilla ante mí’” (p. 308). Con la mayor seriedad que le era posible respecto a ésta y otras experiencias, Arreola sigue contando: “Yo no lo tomé a broma, e inesperadamente, fingiendo que me había tropezado, di por un momento con las rodillas en el suelo, ante la sorpresa de sus acompañantes” (*ibid.*) Ya desde ese momento, un Arreola arrodillado y un Yáñez convencido establecieron un pacto de amistad y una complicidad no exenta de humor, esperado en el escritor de Zapotlán el Grande y menos esperado en el de Guadalajara, autor de *Yahualica* (1946) y quien hizo un *Espejismo de Juchitán* (1940). Sobre

el humor de Yáñez, Arreola declara: “Agustín tenía un extraño sentido del humor, y partir de la experiencia en Zapotlán me propuso otras acciones, a sabiendas de que yo no me rajaba” (*ibid.*) Éste es para Arreola uno de los “hechos memorables que ocurrieron en 1953” (*ibid.*) Si bien nos enteramos de lo ocurrido desde su particular punto de vista, esto no quiere decir que algunas de las anécdotas que cuenta Arreola, o que incluso cuenta Yáñez, correspondan exactamente a lo que en realidad ocurrió. Mentirosos... ninguno de los dos; ¿escritores de ficción? *Al filo del agua* (1947) y *Varia invención* (1949) ya eran en 1953 testigos fieles, entre otros, de sendas imaginaciones.

2. UN GOBERNADOR REAL Y UN EMBAJADOR DE MENTIRAS

También de 1953 es la experiencia compartida aquel 15 de septiembre en el Palacio de Gobierno de Guadalajara. Con su hermano Antonio, Arreola se encamina a Palacio; se detiene en la Plaza de Armas, compra unos “hermosos bigotes”, se los pone y así entra al recinto gubernamental. Los guardias lo miran extrañados. Los Arreola llegan al Salón de los Embajadores y, cuando Juan José se quita el bigote para saludar a Yáñez, éste le indica que se lo deje y le dice que se acerque; así —con “reluciente bigote y gran sonrisa”— Arreola es presentado a las personas con las que el gobernador departe el festejo. Recuerda Arreola:

Todos me saludaron como si no vieran nada extraño en mi rostro. Luego Agustín me presentó a cada uno de los miembros del cuerpo diplomático acreditado en Guadalajara. Más de algún cónsul me cerró el ojo cuando vio mi extraño bigote, pero yo seguía saludando sin darme por enterado, hasta que los fotógrafos y algunas cámaras de cine tomaron la escena, yo los saludé quitándome el bigote frente a ellos. Creo que José Luis Martínez llamó a los fotógrafos,



o tal vez Alfonso de Alba. El caso es luego que me enteré que don Agustín compró todas las fotos y las mandó a destruir, el único que conservó una fue José Luis (p. 309).

Esta anécdota es recogida por José Rogelio Álvarez, quien también nos ofrece su versión en el reportaje “Recuerdan valores morales de Agustín Yáñez y su humor inglés”:²

En una celebración del 15 de septiembre, cuenta Álvarez, desde los balcones de Palacio de Gobierno, Yáñez descubrió entre el gentío a Juan José Arreola, con unos bigotes que le caían hacia el pecho, disfrazado. Juan José se identificó, subió a los balcones de Palacio, llegó al salón y cuando se encontró de frente con don Agustín hizo el intento de quitarse el disfraz. Yáñez le hizo un ademán en señal de que se lo dejara. Entonces presentó a Arreola como el embajador de las Islas Malvinas. Todos se tragarón el cuento porque Juan José, que tenía un espíritu histriónico, rápidamente asumió la posición de diplomático.

La anécdota se ofrece desde dos visiones, ninguna de ellas distorsionada; además, la de Álvarez viene en versión directa de Yáñez: Arreola no se quitó el bigote y representó diplomáticamente al embajador de las Malvinas. El histriónismo de Arreola es festejado e incluso estimulado por Agustín Yáñez, un gobernador —ahora lo sabemos— *allegro ma non troppo*.

3. “LOCO DOLENTE” PERO AL CORRIENTE DE LA REALIDAD

Ese mismo año de 1953 se distinguió a Juan José Arreola con el Premio Jalisco en Literatura. El gobernador del estado —Agustín Yáñez— le entrega el premio. Recuerda Arreola:

Otra broma que me hizo Agustín y que estuvo a punto de acabar mal fue cuando me entregó el Premio Jalisco [...] al acercarme para que me entregara el diploma, Agustín me dijo con voz muy seria: “Si es usted tan macho échese una maroma sobre la mesa”. Yo medí las consecuencias del reto y le contesté: “¿Quiere que le eche abajo su numerito?” Se quedó callado y me alejé rápidamente. Me imaginé la escena y luego la foto en la primera plana de los periódicos. Lo que quería Agustín era que yo apareciera ante el público como un loco. Le gustaba provocarme para ver hasta dónde era yo capaz de llegar, sabía que era actor y que no me intimidaba la presencia de la gente (*El último juglar*, p. 309).

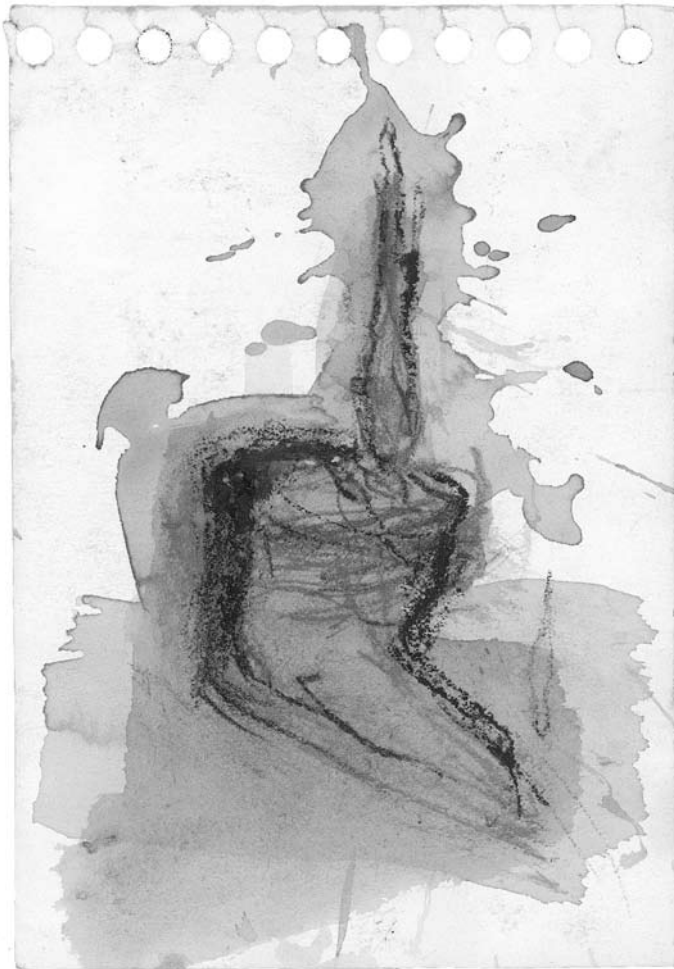
La provocación de Yáñez llega al filo del riesgo, pero Arreola mide las consecuencias y pone límites a la “locura”. Si en otros tiempos “hubiera sido un juglar, un narrador de cuentos y milagros” (“El fraude”), el día del Premio Jalisco su ganador posiblemente defraudó con su “cordura” al gobernador de las tierras de Nueva Galicia.

4. POR ENCIMA DE LA NECESIDAD, LA LIBERTAD

Durante la gestión del mismo gobierno, a solicitud de amigos de uno y otro escritor jalisciense, Yáñez incorporó a Arreola en su equipo de trabajo. Lo hizo responsable de la Escuela Correccional para Menores, “que era en realidad —dice Arreola— un centro penitenciario para niños y jóvenes delincuentes” (*idem*). Arreola desechó elegante y prudentemente la invitación de Yáñez y se dedicó en esos años —mediados y fines de los cincuenta— a la formación de “varias generaciones de jóvenes escritores de México”. No dejó de corregir el estilo —estilo corregido pero siempre respetado— de los escritores que asistían a su taller literario y aunque agradecido con Yáñez prefirió quedarse en el Distrito Federal. Sabía y sentía que su labor era otra y la cumplió literal y metafóricamente. No sabemos qué pensó Yáñez del asunto; al parecer, sólo se cuenta con la versión de Arreola; la de Yáñez fue una buena intención, pero Arreola no era el candidato más apropiado.

5. SI YO FUERA DIPUTADO

Sin embargo, en 1955 las sirenas cantaron para Juan José Arreola y tuvo la tentación de volver a Jalisco esta vez subido



al carro de la política. Sus paisanos zapotlecas, quienes sabían de su amistad con el gobernador

tuvieron —dice Arreola— la extravagancia de lanzarme como candidato a diputado, idea que acepté en principio con el único fin de ayudar a resolver las necesidades más urgentes de mi querido Zapotlán, como la de contar con una carretera digna que uniera a Zapotlán y los pueblos del sur de Jalisco con Guadalajara (*ibid.*, p. 311).

Agustín Yáñez —con los pies en la tierra— se opuso a dicha candidatura —dice Arreola— y garantizó así la seguridad personal del aspirante a diputado. Arreola supo después que en plena campaña habían matado al candidato real a la diputación de Zapotlán. De allí el título de estas líneas de sus memorias: “Agustín Yáñez me salva la vida”.

Sin embargo, esta misma anécdota es contada de otra manera en el libro *Sin punto final* de José Luis Cárabes.³ La anécdota aparece con el título “Cuando Arreola fue diputado, tan sólo un farsante”. Dice Arreola:

Ya adulto, mi amigo don Agustín Yáñez me animó para que me postulara como diputado por el distrito de Zapotlán.

—Le ayudo con todo lo que pueda —prometió. Y pudo mucho, ya que fue en ese entonces cuando se abrió la primera carretera hacia el sur.

Ocurrió que don Ángel Carvajal y las autoridades priístas de Jalisco accedieron, pero mis paisanos se negaron:

—Estás loco, Juan José, sigue declamando versos y deja la política.

Arreola nunca fue diputado. A lo más, llegó a serlo en su niñez. Cuenta Arreola: “Yo fui diputado a más tierna edad. Representé (fui diputado) a mis compañeros de primeras letras y en un tablado declamé una olvidada recitación”. Ninguna duda cabe en cuanto a esta temprana experiencia en el curul de la infancia. No pasa lo mismo con la frustrada diputación adulta relacionada con el gobierno de Yáñez; ésta se mueve, al menos, entre dos versiones. La anécdota es verdadera; una de las maneras de contarla, no. ¿A cuál apostar?

6. LAS VUELTAS DEL TIEMPO

Cuenta Arreola también que José Luis Martínez le pidió que fuera lector de *Las vueltas del tiempo* de Agustín Yáñez. Arreola dice haber leído el libro y que hizo algunas sugerencias respecto a su estructura. Cuando años después redacta sus memorias en *El último juglar* recuerda que la historia de “las vueltas”, desarrollada durante el sepelio de Elías Calles, y la novela —de índole política— seguramente comprometerían y desfavorecerían a su autor en su trayectoria política; dice Arreola también que no supo si la novela fue o no publicada. La novela sí se publicó (1973)⁴ al igual que textos que incluso aparecieron años después de la muerte de su autor;⁵ las reediciones rebasan las controversias generadas por la trayectoria del hombre público; desde el escritorio promovió actividades no sólo relacionadas con la educación en México sino, por decir lo mínimo, con otras actividades de índole netamente literaria.

Arreola, por fortuna, conoció de cerca al escritor y a la persona; sus memorias son testimonio de amistad y ofrecen la cara de un Yáñez sonriente que celebra y propicia ocurrencias célebres. Las de Arreola en este caso.

7. “AGUSTÍN YÁÑEZ ME SALVA LA VIDA”: ARREOLA

Las vueltas del tiempo reunieron también a los dos amigos. Al ser secretario de Educación Pública (1964-1970), Agustín Yáñez no pudo hacerse cargo de dos actividades académico-literarias muy importantes para él: el seminario de creación literaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y el taller literario que impartía a unas escritoras amigas suyas. Le pidió a

Arreola que lo sustituyera; fue el comienzo de la carrera de Juan José Arreola como maestro de la UNAM. Agustín Yáñez lo recomendó y Arreola se dio a (re)conocer por sí mismo; con Javier Barros Sierra obtendría la cátedra por oposición. Yáñez nunca se arrepintió de haber elegido a Arreola como sucesor suyo en la universidad, y Juan José Arreola se declararía por siempre su deudor. Orgullosa y agradecido, dice Arreola: “el reglamento interno de la Facultad de Filosofía y Letras permite el ingreso de un profesor no titulado, como es mi caso que no tengo formación académica, por méritos personales; así reconocieron el valor de mi obra literaria y mi trabajo de años en la difusión cultural universitaria” (*El último juglar*, p. 311). Agustín Yáñez lo supo siempre, desde su “despertar en Guadalajara” y lo ratificó en la “ojerosa y pintada” ciudad de México.

8. HISTORIA DE LOS DOS ¿QUE SOÑARON?

En 1971 Arreola ofreció a Agustín Yáñez una de sus “Variaciones sintácticas” de *Palindroma*.⁶ En “Historia de los dos ¿que soñaron?” recrea la fiesta de despedida que el Fondo de Cultura Económica organizó para don Joaquín Díez Canedo. Yáñez presenta a Arreola al director de la Casa de la Cultura Jalisciense. Éste lo invita a dar una conferencia a Guadalajara. Arreola acepta y Yáñez, testigo de la invitación, le dice al director: “Pídale nomás que no vaya a desnudarse en público”. Arreola se ruboriza; lo que dice Yáñez no es cierto. Yáñez insiste: “Imagínese, doctor, que el otro día encontré a Arreola caminando en pelota por la avenida Madero”. Arreola, sorprendido, aclara que eso fue un sueño que tuvo la semana pasada. Yáñez sostiene: “No, Arreola, no lo soñó. Usted se quitó la ropa en la esquina de Bolívar. Yo venía en mi automóvil junto al cine Rex. Me bajé para rescatarlo entre los curiosos. Un agente estaba a punto de echarle mano”. El director de la Casa de la Cultura Jalisciense intenta salvar la situación y pregunta por el tema de la futura conferencia. Pero Arreola, perturbado por lo que dice Yáñez y por lo que él soñó una semana antes —que es lo mismo—, narra: “En mi sueño yo sentí que algo me envolvía, me rescataba de la vergüenza entre la multitud. Francamente no vi a Yáñez”. Sigue con el hilo de su historia y recoge las palabras del testigo de vista: “—No lo soñó. Cuídese”. Una frase remata esta “variación sintáctica”: “Y Agustín me volvió la espalda con su acostumbrada frialdad”.

Allí termina —y a lo Arreola— la “Historia de los dos ¿que soñaron?” Pudo quedar su autor sorprendido por el modo como el sueño se metió en la realidad. Pudo Yáñez sorprender

a Arreola con la anécdota vivida por él y soñada por Juan José. Pudieron Yáñez y Arreola haberle tomado el pelo al tercer personaje de la historia y también al lector. La historia, como algunas anécdotas compartidas por los dos escritores, se presta a dos lecturas, sobre todo a dos maneras distintas de contar las cosas. La “realidad” de uno es el sueño del otro; la realidad o el sueño dan la vuelta y se convierten en lo otro: la realidad en ficción, la ficción en realidad. Banda de Moebius que, lo he dicho antes, distingue a la obra de Arreola y que se textualiza en esta historia (doble historia) de *Palindroma*. Personajes de sí mismos, Arreola y Yáñez nos regalan esta historia y su ambigüedad, esta “flor” de un “juego nuevo”,⁷ de una nueva forma de invención. Es la suya la historia de dos escritores que soñaron que la literatura era realidad; realidad literaria enriquecida con la creación de uno y la varia invención del otro.

Agustín Yáñez y Juan José Arreola jugaron por su cuenta y entre ellos; la actitud lúdica —velada y declarada— fue el mecanismo de su juego de complicidades. “Historia de los dos ¿que soñaron?” es una variación semántica del humor de uno y otro escritor. •

Notas

¹Orso Arreola, *El último juglar. Memorias de Juan José Arreola*, México, Diana, 1998, pp. 308-311; cito y anoto entre paréntesis el número de páginas.

²Publicado en *La Crónica*, 2 de febrero de 2004, nota de Sandra Licona.

³Citado por Ricardo Ibarra en “El último adiós al escritor de *La feria*”, en *Gaceta Universitaria*, Universidad de Guadalajara, 10 de diciembre de 2001, p. 1.

⁴*Las vueltas del tiempo* fue publicada en México por la editorial Joaquín Mortiz en 1973.

⁵Véase la bibliografía de Antonio Marquet, *Archipiélago dorado. El despegue creador de Agustín Yáñez*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, 1997, pp. 383-400; especialmente pp. 383-388.

⁶*Obras completas de J. J. Arreola*, México, Joaquín Mortiz, 1971, p. 66; a esta página corresponden las citas.

⁷Véase el excelente “1. Juego, infancia y despegue creador” de Antonio Marquet, *op. cit.*, pp. 76-86.

SARA POOT HERRERA es ensayista, narradora y profesora de literatura colonial y contemporánea en la Universidad de California en Santa Bárbara. Es autora y antologadora de muchos libros, entre los que destacan *Un giro en espiral* (el proyecto literario de Juan José Arreola), Universidad de Guadalajara, y *Los guardaditos de Sor Juana*, UNAM.